

# Para una sociología de las mediaciones: cartografía impresionista y algunas (breves) reglas de un método sociológico

*Toward a Sociology of Mediations: Impressionist Mapping and Some (Brief)  
Rules for a Sociological Method*

**Daniel Muriel**

## Palabras clave

- Agencia
- Cartografía
- Constructivismo
- Metodología
- Teoría del actor-agente
- Teoría sociológica

## Key words

- Agency
- Cartography
- Constructivism
- Methodology
- Actor-Agent Theory
- Sociological Theory

## Resumen

En este texto planteo una forma alternativa de acercarse a la realidad social desde un punto de vista sociológico. Se trata de la exposición de una sociología de las mediaciones sociales, una propuesta que se nutre especialmente de la teoría del actor-red. Partiendo de una noción de la realidad social como articulación de elementos heterogéneos, y conceptualizando la agencia como producción múltiple y distribuida de transformaciones, abogo por considerar la mediación como unidad de observación de la sociología. A partir de ahí, propongo el uso de una herramienta metodológica: la cartografía impresionista. Combinando el trabajo minucioso de un enfoque cartográfico junto con el impresionismo de la sociología formalista, es posible construir una metodología operativa que permite elaborar teorías sociológicas de corto y medio alcance al mismo tiempo que resulta posible describir un caso histórico y localmente situado.

## Abstract

This article presents an alternative way to approach social reality from a sociological perspective. It introduces a *sociology of mediations*, a methodological approach particularly influenced by actor-network theory. Using a notion of social reality as the articulation of heterogeneous elements, this approach is based on a conceptualisation of agency as the production of multiple and distributed transformations, and considers mediation as sociology's unit of observation. The paper suggests a methodological tool: impressionist mapping. Combining the detailed work of mapping and the impressionist tradition of a formalist sociology, it is possible to construct a methodology that allows us to elaborate short or middle range sociological theories as well as to describe historically and locally situated cases.

## Cómo citar

Muriel, Daniel (2016). «Para una sociología de las mediaciones: cartografía impresionista y algunas (breves) reglas de un método sociológico». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 153: 111-126.  
(<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.153.111>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

**Daniel Muriel:** University of Salford | [d.muriel@salford.ac.uk](mailto:d.muriel@salford.ac.uk)  
Universidad del País Vasco | [daniel.muriel@ehu.eus](mailto:daniel.muriel@ehu.eus)

## INTRODUCCIÓN

Hace ya más de un siglo desde que Émile Durkheim, uno de los considerados como eminentes padres de la sociología, publicara *Las reglas del método sociológico* (1986 [1895]). Era un tiempo en el que se estaba dando forma a la sociología como ciencia, emergiendo como cuerpo de conocimiento autónomo y herramienta de trabajo para investigar esa realidad que ayudaba a consolidar y que desde entonces catalogamos como social. La sociología necesitaba entidad, tanto en su aparatología método-técnica como en la concepción del objeto que iba a estudiar. Por ello, su modelo emulaba al de las ciencias físico-naturales: ciencias de las denominadas —aún hoy— duras, con una presunción de la realidad que estudia contundente: es la realidad de los hechos, de las cosas, de lo físico, de lo natural. De ahí que para Durkheim la primera y más fundamental de sus reglas consistiera en «considerar los hechos sociales como cosas» (ibíd.: 53).

Sin embargo, mucho ha llovido desde entonces en el campo de la sociología, trayendo consigo un incesante flujo de presunciones acerca de la realidad social y la forma de abordarla. Tanto es así que aún hoy día seguimos discutiendo, con mayor o menor intensidad, acerca de estas problemáticas y las posibles alternativas a los métodos y planteamientos ya existentes. Este artículo es una propuesta acorde con las corrientes teóricas contemporáneas que se añade a este largo debate.

De este modo, en este texto se va a presentar una introducción a lo que he denominado una sociología de las mediaciones sociales y que dará como resultado la construcción de una herramienta metodológica bajo la denominación de cartografía impresionista. Es una propuesta que se nutre principalmente de los estudios sociales sobre ciencia y tecnología (en particular la teoría del actor-red y uno de sus máximos exponentes, Latour), pero que además toma as-

pectos de la sociología impresionista de Simmel.

La base para una sociología de las mediaciones se cimienta en una propuesta sobre cómo concebir la realidad social para ser abordada. Esto alude a la realidad de lo social o, en otras palabras, a una ontología de lo social. Utilizo en este caso el concepto *ontología* de un modo muy práctico y específico, lejos de los debates filosóficos en los que nace y donde sería apropiado discutirlo más largamente. Le otorgo el mismo sentido que le da Fernando García Selgas cuando propone su *ontología de la fluidez social*:

[Lo que] nos habilita para hablar de ontología no es la pretensión de dibujar el ser de las cosas, sino el reconocimiento de que toda teoría científica contiene y supone un determinado modelo de aquello de lo que trata y el propósito de reflexionar sobre el modelo más conveniente actualmente en las teorías sociales (2003: 29).

Es un modelo que intenta romper con la idea de una realidad social sustantiva y omnipotente fuente explicativa. Lo social es visto, entonces, como un mar de asociaciones heterogéneas más o menos institucionalizadas.

De ahí surge la necesidad de acercarse a las agencias que pueden identificarse en ese mar de asociaciones que es la realidad social y que vienen a determinar su frágil sustancia. Por ello, la sociología de las mediaciones requiere de una noción de agencia que sirva como una alternativa para superar la dicotomía *acción/estructura* tan presente, aún hoy, en los debates sociológicos. Lo social es observado como un *continuum* de agencias en constante interrelación que tanto posibilitan/construyen/crean como condicionan/destruyen/ahorman.

Sin embargo, en tanto que la agencia es movimiento y proceso constante, inabarcable, inaprehensible, e imponderable en sí misma, resulta necesaria una noción que

permita asirla al menos parcialmente. Y aquí entra en juego la mediación como noción fundamental. Las mediaciones comparecen como las unidades de observación para el ejercicio sociológico o, al menos, las que permiten encauzar lo observable en la labor de investigación. Son los movimientos que permiten seguir las realidades sociales en acción, componiéndose y desvaneciéndose. En este caso, lo social es visto como el resultado de una incesante y tendente al infinito serie de transformaciones y desplazamientos operadas por agencias dispares, de las que las mediaciones son sus rastros visibles.

Estas tres grandes cuestiones que definen una sociología de las mediaciones (qué es lo social, cómo entender la agencia social, cuáles son las unidades de observación de la sociología) son materializadas en una apuesta metodológica específica: la cartografía impresionista de mediaciones sociales. En ella se combina el detalle figurativo del quehacer cartográfico con la abstracción formalista del impresionismo.

Como conclusión, y emulando modestamente a Durkheim, se propone un conjunto de breves reglas del método sociológico aquí propuesto. Cuatro pautas —antes que reglas— destinadas a guiar al sociólogo que desee aventurarse por la senda indicada en este artículo.

### **SOBRE LA REALIDAD SOCIAL: UN MAR DE ASOCIACIONES HETEROGÉNEAS EN PROCESO DE INSTITUCIONALIZACIÓN**

¿Qué es la realidad social? O para ser más específico: ¿qué queremos decir los sociólogos cuando hablamos de lo social y su realidad? Lo que estas preguntas implican va más allá de consideraciones de orden teórico o metodológico, pues no solo están apuntando a una forma específica de hacer sociología sino a la realidad de eso que estudia

esa misma sociología. Tiene que ver con una ontología de lo social en el sentido expuesto en la introducción, es decir, con el modelo sobre la realidad social que presupone cualquier punto de partida teórico.

En su obra *Reensamblar lo social*, Bruno Latour (2008) propone el uso de una sociología de las asociaciones frente a la tradicional sociología de lo social. Latour parte de la premisa de que lo social no es ninguna sustancia y, por lo tanto, no es posible que se constituya como un material del que puedan estar hechas las cosas, los acontecimientos, las relaciones, los factores, las prácticas, las estructuras o, en general, cualquier elemento de la realidad. En definitiva, lo social no es una propiedad o estado de lo real, sino más bien, y en todo caso, el proceso a través del cual lo real se constituye.

Se trata de pasar de lo social como materia, sustancia o hecho, a lo social como ensamblado, articulación o envoltura de elementos disímiles. En términos similares se pronuncia Donna Haraway cuando defiende el uso de la *articulación* como forma de acercarse a los procesos de construcción de la realidad:

Los articulados son arreglos precarios. Es la condición misma de ser articulado. [...] Un mundo articulado tiene un número indeterminado de modos y localizaciones donde pueden realizarse las conexiones. Las superficies de un mundo así no son planos curvados sin fricción. Cosas desemejantes pueden unirse —y cosas semejantes pueden separarse— y viceversa. [...] Articular es significar. Es unir cosas, cosas espeluznantes, cosas arriesgadas, cosas contingentes (2004: 105).

La articulación da cuenta de la dualidad de lo social como algo sólido, una sustancia, y como algo fluido, un movimiento entre elementos no sociales (Latour, 2007: 160). Esto quiere decir que si bien los procesos de articulación producen regularidades y estabildades, en definitiva, integran (orden

cohesionado) y pueden llegar a distinguir (estratificación social), estos ensamblados no son absolutos, son relativamente precarios y juntan elementos que, muchas veces, están lejos de lo estructurado y cohesionado: la articulación es unión de cosas dispersas en continua reformulación.

De este modo, el mundo se presenta como «un informe pero generativo flujo de fuerzas y relaciones que trabajan para producir realidades particulares» (Law, 2004: 7). Se evocan así figuras como las del *maëlstrom* o las aguas revueltas repletas tanto de corrientes, flujos, vórtices y cambios impredecibles como de momentos de paz y calma. Lo real no es solo aquello que se resiste con la obstinación de una roca inerte, es también tramposo, algo que se mueve y con lo que hay que negociar. De este modo se explica la existencia de figuras como las del Coyote, ese «embustero proteico» (Haraway, 1995: 359) o el actor semiótico-material que forman parte del mismo imaginario programático de una realidad viva, en constante movimiento y que no va a esperar pasivamente a ser cartografiada (Haraway, 2004: 67-68).

Estamos, pues, ante un *modelo de la fluidez social* por el que lo social se describe como el resultado de una relacionalidad que no se da entre elementos previos o independientes a ella, sino entre ingredientes que son constituidos por esa misma relacionalidad (García Selgas, 2003: XV-XVI).

Presentaré a continuación las líneas fundamentales que derivan de esta asunción de lo social, postuladas como principios.

*Primer principio: lo social como resultado de la articulación contingente y relativamente estable de elementos heterogéneos.* La realidad social no es ni el producto ni el productor de elementos extrasociales, es su proceso de ensamblaje o asociación que eventualmente adquiere diversos grados de institucionalización (se vuelve más estable, previsible, sólida, emergiendo como realidad *per se*), pero siempre contingente (la institu-

cionalización se puede deshacer o caminar en otras direcciones). Por ello, Latour propone entender la realidad social, antes que como una sustancia o propiedad —esa realidad sui generis de la que hablaba Émile Durkheim—, como «un tipo de relación entre otras cosas que no son sociales en sí mismas» (Latour, 2008: 19).

Los distintos elementos asociados que dan lugar a la realidad social, cualesquiera que sean, no son unos ingredientes preexistentes que se alían de muy diversas maneras para conformarla, sino que ellos mismos emergen en la propia relacionalidad que los asocia. Se trata de una socialidad relacional, pero no en el sentido estructuralista (que parte de la existencia de elementos previos o primarios) sino en el que todo, «incluidas las redes, las regularidades y los componentes que se relacionan, son procesuales, parciales y precarios, porque son efecto de esa relacionalidad» (García Selgas, 2007: 5)<sup>1</sup>.

*Segundo principio: lo social no explica nada, es lo que hay que explicar.* Si la realidad social no es ninguna sustancia *per se*, no tiene sentido utilizarla como un recurso explicativo. Desde esta lógica, ciertos enfoques sociológicos en ocasiones han podido confundir lo que ha de ser explicado con la explicación, esto es, han partido de la sociedad cuando deberían haber terminado en ella (Latour, 2008: 23). Se trata de llevar a cabo una sociología que explique cómo se mantienen unidos los colectivos y las sociedades, y no darlos por supuesto. Para un enfoque sociológico que sostiene que lo social es el efecto de ar-

<sup>1</sup> No obstante, los conceptos de institución, envoltura o ensamblado ayudarían a entender cómo se formalizan determinados conjuntos de asociaciones, agencias y mediaciones que se muestran ante nosotros como sustancias, actores o hechos delimitados. Nos permiten hablar de cómo se juntan e hilan cosas que dan como resultado, aunque sea temporalmente y en continua reproducción, existencias sociales con entidad propia. En este sentido, véanse *envoltura* en Latour (2001: 364) y García Selgas (2007: 165), así como *institución* (Latour, 2001: 366) y *ensamblado* (Latour, 2008: 99).

ticulaciones entre elementos heterogéneos, explicar algo «no debe confundirse con reemplazar un fenómeno dado con alguna sustancia social» (ibíd.: 149).

*Tercer principio: lo social se ensambla y se mantiene a través de mediaciones que constantemente deben ser actuadas/actualizadas/reproducidas.* La realidad social solo puede ser explicada si se atiende al modo en el que lo social se ensambla y se institucionaliza lo suficiente para adquirir una cierta forma en continua actualización: las mediaciones.

John Law define la mediación como «el proceso por el que se actúan relaciones entre entidades a las que se les da forma como parte de ese mismo proceso» (2004: 161). Son entidades y relaciones que no preexisten, sino que se están constituyendo en el momento de llevarse a cabo:

La mediación es un giro hacia lo que emerge, a lo que se da forma y que es compuesto, lo que no puede ser reducido a una interacción de objetos causales y personas intencionales (Gomart y Henion, 1999: 226).

Lo que este principio postula es que la atención de la sociología debe dirigirse a las mediaciones que hacen posible la existencia de lo social. Son los mecanismos que sostienen y reproducen las existencias sociales de un modo activo, es decir, lo social «desaparece cuando ya no es actuado» (Latour, 2008: 61).

*Cuarto principio: toda (re)producción de lo social deja una serie de rastros.* Son las chispas que emiten y los restos que dejan las mediaciones y que se muestran en forma de discursos, recuerdos, notas, inscripciones, leyes, textos, organigramas, folletos, etc.; cosas que las hacen cartografiables. Es un principio de lo social que permite su rastreo, su seguimiento, en definitiva, que posibilita, después de todo, que sea posible desarrollar una sociología de las mediaciones. Sin res-

tos, sin rastros, sin marcas o sin huellas sería imposible llevarla a cabo. La ausencia de estas trazas en todo caso sería signo de que no hay o no ha habido ningún tipo de mediación, por lo que, si seguimos los principios anteriores, no habría entonces ninguna existencia social que explicar ni rastrear. Y es que lo social es «visible solo por los rastros que deja» (ibíd.: 23).

## **SOBRE LA AGENCIA: LA PRODUCCIÓN MÚLTIPLE Y DISTRIBUIDA DE DIFERENCIAS**

Voy a plantear una definición de agencia que me permita desbrozar sus características principales y que es compatible con el modelo de lo social expuesto: *la agencia es la producción múltiple, distribuida y dislocada de diferencias y transformaciones que puede tomar multitud de caracterizaciones en forma de un agente, actor o personaje determinado.*

### **Agencia es lo que produce diferencias y transformaciones**

La primera característica de la agencia es que existe en tanto que transforma de algún modo la realidad. La agencia por lo tanto no tiene tanto que ver con la intencionalidad, deseo o volición de un actor —y su mayor o menor racionalidad— como con las transformaciones que opera, que son las diferencias efectivamente observables y rastreables:

Sin una explicación, sin pruebas, sin diferencias, sin transformación de algún estado de cosas, no hay razonamiento significativo a hacer respecto de una agencia, ningún marco de referencia detectable. Una agencia invisible que no produce ninguna diferencia, ninguna transformación, no deja rastro y no aparece en ningún relato no es una agencia. Punto. Hace algo o no (Latour, 2008: 82).

He ahí el núcleo de la fundamentación de toda agencia: o produce algún tipo de cambio o es que no existe. La agencia de un actor



determinado, entonces, solo puede ser definida «a través de la observación de sus actos» (Latour, 2001: 147). En este sentido, para una sociología de las mediaciones, «cualquier cosa que modifica con su incidencia un estado de cosas es un actor» (Latour, 2008: 106).

Es una concepción empirista de la agencia, que no niega las particularidades que pueda tener la agencia humana sobre las de otro tipo, pero que solo puede tener en consideración aquellas acciones —incluidos los discursos que producen transformaciones al ser enunciados— que son accesibles a la experiencia.

### **La agencia es múltiple y no descansa en ningún actor prototípico**

Si bien la agencia es la acción genérica que provoca cambios en el mundo, siempre tiene una figuración (Latour, 2008: 83), se encarna en algún tipo de forma, figura o personaje. Pueden encarnarse en fórmulas muy distintas sin pasar por ningún actor estándar o que deba considerarse social en el sentido que tradicionalmente se le ha podido dar en la sociología (ibíd.: 85-86), como podrían ser *el mercado, el individuo, la clase obrera, los expertos o la sociedad*. A ellos, que no habría por qué desdeñar, se les podrían unir *los comerciantes del pueblo, Manolo el que trabaja como peón de obra, el entramado experto o el colectivo de humanos y no-humanos*. Con describir y registrar aquellas figuraciones que encontremos, sin necesidad de filtrarlas o disciplinarlas a priori (ibíd.: 86), ya comenzaríamos a observar la multiplicidad de la agencia.

Una de las primeras consecuencias de este planteamiento es que aleja la agencia y sus figuraciones del ámbito de lo exclusivamente humano. No es de extrañar, pues, el uso del concepto *actante* extraído de la semiótica de Greimas (1973), utilizado para «resaltar el carácter abierto de la agencia, que puede ser ocupada por las más heterogéneas mezclas de humanos y no-humanos»

(García Selgas, 2007: 144). El uso del vocablo *actante* se concentra en la función, lo que permite definir la agencia en relación con lo que se hace. Además, no entiende de naturalezas o voliciones, o distinciones entre humanos y no-humanos, por lo que la libertad para definir al actante es enorme: desde entenderlo como una entidad tremendamente compleja y abstracta (las instituciones, el colectivo de gays y lesbianas, la red ferroviaria, el cuerpo humano, la estructura social) hasta pensarlo como un personaje concreto (el presidente del gobierno, Dios, el técnico de patrimonio, Daniel Muriel el actor de las matrimoniadas). No existiría una unidad tipo irreductible, el actante es escurridizo, su definición es siempre contingente<sup>2</sup>. En definitiva, se trata de reconocer el *heteromorfismo* de la agencia.

La agencia también es múltiple en tanto que se configura relacionamente. Para que alguien o algo (una institución, una persona, un virus) se sitúe como una personificación y actúe como agente social, se tiene que dar una interacción entre factores de diversa naturaleza (biológicos, materiales, tecnológicos, semióticos), al mismo tiempo que se necesita de «la relación contingente y siempre cargada de desigual poder con los otros», es decir, de las otras agencias, que determinen como consecuencia que «su relacionalidad es constitutiva y funcional» (García Selgas, 2007: 140). Que después aparezcan en posiciones-sujeto o personificaciones concretas —envueltas, institucionalizadas, estabilizadas— no deja de ser un efecto, un resultado.

### **La agencia está distribuida y dislocada (elusión del dualismo acción-estructura)**

Lo que también permite esta noción de la agencia es poder ignorar «la alternativa entre actor y sistema» (ibíd.: 306), gestionando el

<sup>2</sup> Véanse Latour (2001: 147-148, 361) y Haraway (1992: nota 11).

dualismo acción/estructura que arrastra la disciplina desde sus comienzos.

Entendiendo que la acción no nace en la conciencia, el hecho de que el individuo casi nunca puede hacer lo que quiere hacer no se explicaría atribuyéndolo a una fuerza social externa como el *habitus*, la sociedad, el grupo o cualquier otra realidad determinante que se apropiara de la conducta (Latour, 2008: 69-73). La explicación descansaría en la idea de que la acción se encuentra dislocada (ibíd.: 74-75), no reducible a categorías sociales predefinidas como las descritas.

Tampoco habría que entender este planteamiento como una defensa de la ilimitada capacidad de acción del ser, el sujeto libre de los filósofos contra el que la disciplina sociológica se posicionó en sus orígenes para autonomizarse como disciplina con dominio propio (Gomart y Hennion, 1999: 272). La acción, por lo tanto, no es el producto directo del actor, pero tampoco lo sería de la estructura en la que, en términos convencionales, se insertaría. De ahí el uso de conceptos como el de *actor-red*, que viene a circunvalar este maniqueísmo:

Un actor-red es, simultáneamente, un actor cuya actividad consiste en entrelazar elementos heterogéneos y una red que es capaz de redefinir y transformar aquello de lo que está hecha (Callon, 1998: 156).

Latour relata el origen de su planteamiento como necesidad de dar cuenta de dos insatisfacciones que persiguen a todos los sociólogos:

- Primero, enfrentados a lo que se suele llamar el *nivel micro* (la interacción cara a cara, lo local), los científicos sociales se percatan que muchas de las cosas que necesitan para dar sentido a la situación vienen de muy lejos. Esto les fuerza a buscar en otro nivel (la sociedad, las normas, los valores, la cultura, el contexto, la estructura), concentrándose «en lo que

no es directamente visible en la situación pero que ha hecho posible la situación tal como es» (Latour, 1999: 17).

- Segundo, una vez que es alcanzado ese nivel superior, el *nivel macro*, los científicos sociales sienten que les falta algo, ya que abstracciones como las de cultura, sociedad, valores o estructura parecen demasiado grandes, por lo que vuelven a buscar las situaciones locales, las de carne y hueso, de las que habían partido previamente.

Lo que nos permite entonces un enfoque sociológico centrado en las mediaciones es poder atender a estas insatisfacciones sin intentar superarlas o resolverlas. Lo social no estaría hecho «en absoluto ni de agencia, ni de estructura, sino más bien de ser una entidad *circulante*» (ibíd.).

Una sociología de las mediaciones permite condensar el doble recorrido que evita insistir en aquellas insatisfacciones: primero, *localizando lo global*, mostrando los muchos lugares concretos en los que lo estructural se ensambla; segundo, *redistribuyendo lo local*, haciendo ver la existencia distribuida de la acción, por la que toda agencia es el resultado a distancia (en el tiempo y en el espacio) de otras agencias. En ambos casos, no existen ni la estructura ni la acción como lugares específicos o sustancias, solo movimientos, conexiones, asociaciones y mediaciones que, ocasionalmente, pueden dar lugar a entidades concretas y contingentes.

## LA MEDIACIÓN COMO OBJETO OBSERVABLE DE LA SOCIOLOGÍA

La idea de mediación funciona como una guía que focaliza nuestra atención en los desplazamientos, trayectorias y transformaciones que están dando forma a lo social constantemente. Es un concepto clave en el diseño y ejecución de mapas sociológicos que dibujan trayectorias y circulaciones más

allá de los más tradicionales (necesarios, no obstante) espacios y objetos. En definitiva, si lo social se definía como la articulación de elementos heterogéneos, resultado de las distintas agencias que lo componen, entonces las mediaciones son las que configuran el universo de lo observable, lo que deja rasgos, puede seguirse, estudiarse y desde donde se infiere todo lo demás.

La mediación tiene dos características: por un lado, siempre produce desplazamientos, transformaciones, con resultados imprevisibles; por otro lado, se encuentra distribuida a lo largo del tiempo y del espacio y no descansa en ninguna agencia concreta (aunque eventualmente haya mediadores que las lleven a cabo). ¿Qué hace, por lo tanto, la mediación? Junta entidades que estaban separadas, separa realidades que aparecían como una, mueve cosas de un lado a otro, acelera o ralentiza procesos y ritmos, actualiza o virtualiza realidades concretas. En definitiva, (des)conecta y (des)vincula de muy diversos modos situaciones, actores, instituciones, dispositivos, prácticas, sentidos, materias, símbolos, procesos, leyes, disposiciones, intenciones, objetos y un largo etcétera de elementos dispares. Es el proceso (parcialmente) observable por el que lo social se compone y descompone.

Esto torna relevante la insistencia de Latour en no confundir *mediación* con *intermediación*. Se advierte que la raíz de términos como *mediación* o *mediador*, que no es otra que *medio*, no nos lleve al equívoco de que este es simplemente el canal por el que se transporta de forma impoluta cualquier entidad, ya fueren personas, mensajes, objetos o tradiciones. De ahí que nos muestre la diferencia entre los dos términos: el intermediario transporta significados sin transformación, funciona como una caja negra que se presenta como una unidad en la que los datos de entrada ya tienen predefinida una salida; por el contrario, el mediador actúa de múltiples maneras, sus datos de entrada nunca predicen bien sus datos de salida, ya

que traduce, distorsiona, transforma y modifica el significado de eso que transporta (2008: 63). En una línea muy similar, Antoine Hennion, en su estudio sobre la pasión musical a través del que traza una teoría de las mediaciones, marca la diferencia entre el intermediario y la mediación:

El intermediario se encuentra entre dos mundos para relacionarlos: viene después de aquello que vincula, los mundos en cuestión no tienen necesidad de él para existir, obedecen a sus propias leyes. [...] La mediación evoca otra especie de relaciones. Los mundos no están dados con sus leyes. [...] En el extremo de una mediación no aparece un mundo autónomo sino otra mediación. Sus relaciones componen una red cuya unidad no es sumable por nadie, pero que puede producir aglomeraciones tan gigantescas como los mundos del intermediario (Hennion, 1993: 221).

El intermediario se sitúa entre posiciones ya establecidas, de ahí que no transforme, solamente comunique y traslade sin cambio, sin aportación a la configuración relacional. Sin embargo, la mediación, que ya no está específicamente en un *entre dos*, un *inter*, y que además aparece como una acción y no como un actor, es otra cosa: media transformando, produciendo en su actuación las relaciones que ayuda a establecer; no procede de ningún sitio específico —aunque pasa por lugares concretos—, ni emana de nadie ni nada en particular —aunque sí es llevada a cabo por actores determinados—, sino de otras mediaciones.

Law asegura que en el ámbito científico euroamericano se tiende a visualizar la realidad que estudia como un producto al que se llega a través de un medio, el método. Todo ello propone una división entre medios y fines que dificulta acercarse a la realidad en otros términos, como por ejemplo los del *proceso*, que se refiere a las cosas que se están haciendo (que ya se hacían y que se seguirán haciendo cuando se deje de mirar) (2004: 152). Acercarse a las mediaciones, al



continuo ir y venir que conforma lo social, es atender a los procesos, a lo que está en marcha y circula: el concepto de mediación «permite que el curso del mundo vuelva al centro de los análisis» (Gomart y Hennion, 1999: 226). El *fluir* y el *acontecer* del universo social vuelven, por lo tanto, al centro de las preocupaciones sociológicas gracias a conceptos como el de mediación.

Lo importante es, por lo tanto, describir las trayectorias, movimientos y transformaciones que se suceden, esto es, las mediaciones que van tejiendo el entramado de lo social, y no tanto —siendo importantes— los productos que han emergido de esas mediaciones. Es por ello que la propuesta de la teoría de las mediaciones planteada por Hennion se acerca a la lanzada aquí:

Para efectuar el repoblamiento del mundo de la música que pretendíamos, en esta obra hemos vuelto a conceder todo su peso a los medios de la relación musical, en detrimento de sus términos: las obras «mismas» y el público (1993: 355).

Se dejan a un lado, por lo tanto, los extremos o realidades producidos, ya sean estos estructuras, actores, sujetos, objetos, lo local, lo global, individuos, sociedades, grupos, públicos u obras entre otras muchas posibilidades: el objetivo es centrarse en los procesos que dan lugar a esas terminaciones. Todo ocurre en el llamado *Reino Medio* (Latour, 1993: 48).

En resumen, se puede afirmar que el concepto de mediación nos ayuda a hacer observable la agencia que hace y deshace lo social. En este sentido, la mediación no deja de ser una categoría analítica que permite explicar cómo se sostiene y se reproduce una determinada realidad social. Si lo social es entendido como un *continuum* de agencias en constante interrelación, las mediaciones son elementos discretos de esa agencia continua. Por lo tanto, si podemos describir la agencia, aunque sea de forma imperfecta,

es a partir de secuencias de mediaciones conectadas y estabilizadas.

### **APUESTA METODOLÓGICA: LA CARTOGRAFÍA IMPRESIONISTA DE MEDIACIONES SOCIALES**

Una vez establecidas las líneas maestras de una sociología de las mediaciones sociales, ¿cómo llevarla a cabo? Es en este apartado que todas esas nociones se hacen operativas en un planteamiento crítico sobre la forma de abordar desde este prisma sociológico la realidad a estudiar: la *cartografía impresionista de mediaciones sociales*, que es definida como *el relato ordenado de un conjunto de mediaciones que dan lugar a una realidad social concreta a partir de la articulación de diversos trazos e impresiones*.

En este apartado se trata de reconciliar dos elementos que al cruzarse generan mucha tensión, cuando no una fuerte contradicción: la cartografía y el impresionismo. Una, minuciosa, detallada, milimétrica y figurativa: es un mapa de la realidad; el otro, de trazo amplio, centrado en la apariencia, en la huella desdibujada, formalista: es un rastro impresionado de la realidad. Entre ambos existen salvoconductos y puntos de fuga que permiten reconciliar uno y otro y que serán aprovechados para presentar esta apuesta metodológica.

#### **Cartografía de mediaciones y trayectorias**

El artículo de Latour (1998), «Visualización y cognición: pensando con los ojos y con las manos», puede ser leído de acuerdo a la consideración de la labor del cartógrafo como metáfora del trabajo de representación científica. En el relato, La Pérouse, quien bajo el mandato de Luis XVI viajó por todo el Pacífico para traer de vuelta un mapa actualizado, al preguntar en un lugar llamado Sakhalin (China) si este era una isla o una península, recibió como respuesta un dibujo en

la arena. Un miembro de la tripulación, viendo que la marea subía y podía borrarlo, lo plasmó en un papel con ayuda de un lápiz:

Lo que para los primeros [la población local] es un dibujo sin importancia que puede llevarse la marea, para los segundos [la tripulación] constituye el objeto último de su misión. Lo que debería recoger la imagen es la forma de llevársela de vuelta (ibíd.: 85).

Ese es el esfuerzo que requiere la cartografía —y que también se le debería exigir a la sociología— por el que tiene que ir dibujando de forma lenta y minuciosa cada accidente, cada arista, cada línea quebrada, para así, poco a poco, poder plasmar en un plano —la hoja del texto— aquello que tantos desplazamientos, medidas, informes, observaciones, desventuras y riesgos ha costado ir trasladando, en una constante mediación, desde el territorio cambiante de lo real.

En este sentido, la cartografía —mejor que la representación o la teoría— «nos compromete a una aproximación más descriptiva, empírica y política» (García Selgas, 2007: 12) de la propia realidad. Pero para que esto sea posible es necesario distanciarse parcialmente de la noción tradicional de cartografía que generalmente se presenta como mera representación —que oculta el carácter performativo del mapa sobre el territorio que ordena— de un territorio estable —que choca con la idea de cartografiar espacio-tiempos fluidos (ibíd.: 55-56)—. La relación entre el mapa y el territorio no sería, pues, representacional, sino próximo y performativo (ibíd.: 56).

Lo que se pretende cartografiar, dentro de esta apuesta metodológica, son mediaciones: se van a plasmar, por lo tanto, trayectorias y procesos. En este sentido, De Certeau plantea la distinción entre *lugar* y *espacio*, en el que el primero alude a esa parte estática de lo social, pues es «una configuración instantánea de posiciones» que siempre presupone «una indicación de esta-

bilidad» (2000: 129), mientras que el segundo es un «cruzamiento de movibilidades» que, sin sitio propio, se postula precisamente como «*un lugar practicado*» (ibíd.). Estas dos formulaciones no se oponen sino que su planteamiento nos ayuda a «rechazar la separación entre estructura y acción» (García Selgas, 2007: 66), pues De Certeau nos está hablando de dos tipos de determinaciones: el estar ahí de los elementos y las operaciones por las que los distintos elementos conforman espacios que se resumen en el trabajo por el que incesantemente «transforma los lugares en espacios y los espacios en lugares» (2000: 130). Lugar y espacio son en este caso para la cartografía lo que la estructura y la acción son para la sociología. Y de nuevo, el modo de sortear la oposición es la misma: seguir las circulaciones y mediaciones que dan forma a uno y otro.

De Certeau plantea otra división de términos que, en los relatos de la práctica cotidiana, son condición de posibilidad uno del otro: el *mapa* y el *itinerario* (o *recorrido*). El mapa hace alusión al *ver*, al *haber*, al «conocimiento de un orden de los lugares» (De Certeau, 2000: 131) que es un «asentamiento totalizador de las observaciones» (ibíd.: 132), mientras que el itinerario apela al *ir*, al *hacer*, a las «acciones espacializantes» que constituyen una «serie discursiva de operaciones» (ibíd.: 130).

Hace cinco siglos, mapas e itinerarios se encontraban mezclados, sin interrupciones. Los mapas medievales contenían trazos de recorridos (peregrinajes), con la mención de etapas a seguir (ciudades donde detenerse, sitios donde alojarse), y con distancias medidas en tiempos de camino (horas o días que separan una etapa de otra) (ibíd.: 132-133). Quizás es momento de volver a la imbricación premoderna entre mapas e itinerarios, no olvidando que cualquier cartografía —geográfica o sociológica— no es posible sin los movimientos, desplazamientos y acciones que la constituyen.

Es lo que Law y Mol proponen hacer con la cartografía como modo de representación de la realidad, unirlo al itinerario, *la caminata*, yuxtaponiendo así las realidades visitadas como lo solemos hacer tras un viaje contando historias y mostrando fotos:

La foto de un gran paisaje está impresa de manera que tiene el mismo tamaño que la de un plato lleno de comida, y la historia sobre conducir a través del paisaje no es más grande ni más pequeña que la de comerse la comida (2002: 16).

Si se plantea entonces la realización de una cartografía de mediaciones sociales, se está proponiendo una cartografía de trayectorias, recorridos e itinerarios que, trazados y repetidos constantemente, pueden llegar a ayudarnos a determinar cómo emergen determinadas formas, agentes o regularidades sociales. Esta es, pues, su utilidad: permite, por un lado, dibujar las estabildades y formas sociales observables tanto para los actores sociales como para el sociólogo; por otro lado, mantiene su naturaleza contingente y circulante haciendo descripciones al mismo tiempo más fieles y abiertas de la realidad. Mapas e itinerarios a la vez: mapas de itinerarios sociales e itinerarios de mapas sociales. Eso sería una cartografía de mediaciones sociales.

Más allá de su utilidad y aplicabilidad, dos son los problemas fundamentales que conlleva el uso de la cartografía como noción sobre la que plantear una metodología: el primero, que las descripciones que produce son muy detalladas, con escaso espacio para la abstracción y la búsqueda de regularidades; el segundo estriba en la dificultad para captar la fluidez de lo social, sus trayectorias, es decir, la capacidad para combinar al mismo tiempo estabilizaciones y movimientos, mapas e itinerarios. Para avanzar en esta cartografía de mediaciones es necesario incluir un nuevo elemento que ayude a bordear estas dificultades: el impresionismo.

### **El tratamiento impresionista y formalista en la sociología**

El nivel de exigencia cartográfica en el dibujo y el seguimiento de desplazamientos y controversias reducen mucho las capacidades materiales y mentales para producir mapas sociales de cierto tamaño. Teniendo en cuenta que no hay otro modo de hacer sociología que no sea relativamente lento y costoso, sí es posible limar estas pretensiones cartográficas con otros recursos del dibujo que difuminen el detalle sin tener que volver a recurrir a grandes saltos o categorías predefinidas (como la psique, la estructura social o la acción individual) que sustituyan de un plumazo multitud de mediaciones y movimientos. Es aquí donde tiene entrada la adjetivación de la cartografía como impresionista.

Hablar de impresionismo en sociología es hacerlo, fundamentalmente, de Georg Simmel. Esto se relaciona habitualmente con su esfuerzo por postular una ciencia de la sociedad pura o formal (Simmel, 2002: 49). Así es como Lukács lo retrata, como un personaje entre impresionista y *flâneur* sociológico, lo que dio pie a que David Frisby catalogara la teoría social del autor alemán como *impresionismo sociológico* (Marinas, 2000: 186).

Para Simmel la sociedad no solo se reduce a entidades estables y duraderas, formas como el Estado, la familia, las clases, las Iglesias o cualquier tipo de asociación colectiva, sino que tiene en cuenta interacciones aparentemente insignificantes que, intercaladas en esas configuraciones abarcadoras, constituyen en primer lugar lo que entendemos por sociedad (2002: 32):

La sociedad, por así decirlo, no es una sustancia, nada en sí mismo, sino un acontecer, la función del recibir y efectuar del destino y de la configuración de uno respecto a otro (ibíd.: 34).

También para Simmel lo social es una articulación heterogénea de elementos distin-

tos que se relacionan entre sí, no una sustancia. La realidad social, pues, no puede ser inferida de sus estructuras e instituciones directamente, sino que descansa en ese ir y venir de hilos que se tejen y entretejen de las más diversas formas en una frenética actividad que da cuenta de la fluidez de la realidad social:

Sin los efectos de incontables interdependencias extendidas en pequeñas síntesis individuales, a las que deberían estar dedicadas casi por completo estas ciencias, [la sociedad] estaría fragmentada en una multiplicidad de sistemas discontinuos [...] Esos hilos son tejidos en cada momento, dejados caer, recogidos de nuevo, sustituidos por otros, y entretejidos con otros. Ahí es donde radica el entretejido de los átomos de la sociedad (Simmel, 2009: 33).

Este punto de partida es compatible con la idea de desarrollar un impresionismo sociológico a partir del formalismo que constituye parte de la doctrina central de Simmel. Para él resulta obvio que del mismo modo que podemos hablar del comportamiento de los griegos y los persas en la batalla de Maratón sin conocer la conducta de todos y cada uno de ellos (Simmel, 2002: 26-27), es posible separar —solo analíticamente— la forma de los contenidos (los casos concretos). Es la sociología pura que «extrae de los fenómenos el elemento de la socialización desprendiéndolo inductiva y psicológicamente de la multiplicidad de sus contenidos» (ibíd.: 50).

Es lo que Eviatar Zerubavel, en una formulación contemporánea de esta sociología formal, denomina «análisis de la pauta social» (2007: 132) y que asemeja —siguiendo al propio Simmel— a una geometría social que presupone una mirada genérica que se caracteriza por su indiferencia a la singularidad. Así, dejando aparte las idiosincrasias de aquello que estudian, los analistas de la pauta social buscan «las pautas generales que trascienden sus materializaciones específicas» (ibíd.: 133).

Llegados a este punto, se abren aquí vías y puntos de fuga que van del impresionismo hasta la cartografía y viceversa.

Por un lado, un tipo de análisis transcultural como el formalista sirve para identificar las pautas formales, lo que podría traducirse en una colección de impresiones que daría lugar a la elaboración de un planteamiento impresionista. Se postula como una aproximación a la realidad que no tiene en cuenta distinciones como las que existen entre lo micro y lo macro (Zerubavel, 2007: 135-136), comunes en la literatura sociológica, ya que serían patrones sociales que se pueden encontrar tanto en las interacciones más pequeñas como en aquellas que ocurren a gran escala. El trabajo de investigación descansa en la posibilidad de «encontrar en cada uno de los detalles de la vida, la totalidad de su significado» (Simmel, 2004: 53).

Por otro lado, aunque este acercamiento puede ayudar a bordear los problemas del minucioso estudio cartográfico, tan pegado al territorio, encierra otros riesgos: el del ahistoricismo universalista. Y es que si no estamos ante un simple fragmento entonces «lo “singular” abarca lo “típico”» y el «fragmento fugaz es la “esencia”» (Frisby, 1992: 113). Queriéndose alejar de historiadores y de sociólogos que desarrollaron una metodología histórica, y en busca de las regularidades que todo sociólogo intenta captar, Simmel persiguió «la esencia de las formas de la interdependencia social» (ibíd.: 135), a pesar de que desde su propia perspectiva se consignara que solo partiendo de casos específicos, temporal y espacialmente localizados se hacía posible ir elaborando las formas o los patrones de análisis sociales. Se corre el riesgo de desechar demasiado rápidamente los condicionantes históricos y locales que, precisamente, dan forma a esos tipos esenciales:

De este modo, los analistas de la pauta social ignoran intencionadamente las características idio-

sincrásicas de las comunidades, sucesos, o situaciones que estudian, buscando así las pautas generales que trasciendan sus ejemplos específicos. [...] Su trabajo [...] trasciende el aquí-y-ahora o el allí-y-entonces de la investigación histórica o etnográfica (Zerubavel, 2007: 133).

Cabe resaltar la virtud de un enfoque formalista para sortear la limitación que encierra la cartografía, presa del detalle minucioso y el caso situado local e históricamente, pero sin llevarlo a sus últimas consecuencias, ya que ello le alejaría de un acercamiento equilibrado entre el impresionismo y la cartografía.

Es por ello que resulta necesario y se torna posible el acople entre el trabajo cartográfico —detallado y situado— y el impresionista —que busca dibujar los rasgos genéricos de las realidades que observa más allá de la situación—. La clave de una cartografía impresionista es ponerle límites, arbitrarios, pero límites igualmente, tanto al universalismo atemporal y formal del impresionismo como al localismo historicista y figurativo de la cartografía.

En definitiva, esto conduce a concluir que el alcance espacial, temporal y cultural de la descripción sociológica llevada a cabo es limitado pero puede trascender el caso del que parte. Los casos estudiados no deberían entenderse como ejemplos de una teoría general dada, ya que si existe una teoría o instancia superior en la que está contenido el caso, entonces este se vuelve irrelevante porque la teoría ya contiene todo el conocimiento posible (el caso no aportaría nada nuevo, sería un ejemplo más). Sí es posible pensar a partir de ellos pedazos importantes de realidad y construir generalizaciones en base a la acumulación de detalles e impresiones que siempre habrá que poner a prueba.

Las descripciones realizadas, más allá de los casos en los que se basan, permiten «sugerir modos de pensar y abordar otras especificidades, pero no porque sean “aplicables de forma general”, sino porque pueden ser transferibles, traducibles» (Law y Mol,

2002: 15). Así se facilita ampliar el alcance de la descripción del caso propuesto generalizándolo mediante su puesta en circulación, sabiendo que no se llegará nunca a ninguna protoforma o forma fundamental, sino que se constituirá como una mediación más.

Y de ahí se deriva que la propia descripción sociológica realizada mediante la cartografía impresionista es una mediación más. Y es que se relaciona con el mundo no como una mera representación o transcripción fiel de lo real, sino como una de sus posibles traducciones. Comparece como un elemento útil que, bajo la categoría de texto sociológico, puede ponerse en circulación en ámbitos académicos, expertos o institucionales, pero también, si se da el caso y se realizan nuevas traducciones, en otros universos sociales (asociaciones, ciudadanos, sujetos que forman parte del estudio).

La cadena de mediaciones no cesa y, por lo tanto, no hay que perder de vista desde una perspectiva metodológica que todo lo que el sociólogo haga antes, durante y después de su investigación tendrá efectos en la realidad estudiada. De este modo, el impresionismo toma distancia del formalismo en su conjunción con la cartografía y adquiere peso propio en la ecuación: no se trata de encontrar las formas elementales de la realidad social, sino de producir una serie de impresiones que sirvan para establecer contrastes que entren en conversación y negociación con las realidades que se pretende describir.

En este sentido, yendo de nuevo más allá del formalismo, existen otros argumentos que pueden ser esgrimidos para el uso de una cartografía impresionista como alternativa metodológica. Law, en su apertura de los métodos de investigación en ciencias sociales, plantea lo siguiente:

Considero que el caleidoscopio de impresiones y texturas que menciono más arriba refleja y refracta un mundo que, en aspectos importantes, no



puede ser totalmente entendido como un conjunto específico de procesos determinados (2004: 6).

La realidad social se presenta así como un caleidoscopio de impresiones —que es a lo que se reduce en última instancia una representación impresionista— y, por lo tanto, tiene más sentido utilizar un método de acercarse a la realidad que no intente constreñirlo en representaciones fijas, estables y con límites muy marcados.

La cartografía impresionista se ajusta mejor a ese mundo y las realidades que produce: aunque se tuviesen al alcance de la mano los medios para lograrlo, nunca se podría hacer un mapeado de cualquier aspecto de la realidad de forma clara y perfectamente delineada, ya que esta es tremendamente compleja y está atravesada por multitud de procesos inestables, efímeros y cambiantes. El impresionismo no es solamente un añadido para mejorar una apuesta metodológica, sino que también es una necesidad impuesta por una ontología fluida y cambiante, lo que nos obliga a «ser conscientes de que cualquier relato que queramos hacer de los principales protagonistas de la ordenación fluida del espacio social tendrá elementos borrosos» (García Selgas, 2007: 91).

No es solo que la cartografía busque ser impresionista (búsqueda de regularidades), sino que la cartografía, si quiere ser, debe ser impresionista (imposición de dibujar zonas necesariamente borrosas). En este sentido, la introducción del impresionismo en la cartografía no deja de ser un modo de darle algún tipo de forma a lo informe o, mejor dicho, a lo que cambia continuamente de forma.

## **CONCLUSIONES: ALGUNAS (BREVES) REGLAS DE UN MÉTODO SOCIOLÓGICO PARA UNA CARTOGRAFÍA IMPRESIONISTA**

La cartografía impresionista es el resultado de una apuesta teórico-metodológica desa-

rollada a lo largo de este artículo. No se trata de fundir dos acercamientos en principio distantes —los de la cartografía y el impresionismo— sino de utilizarlos como herramientas teóricas para construir una guía de viaje *ad hoc* particular, unas reglas del método sociológico propias. Así, el subterfugio se construye *apoyándose en y fugándose de* dos claves de bóveda al mismo tiempo.

Por un lado, la sociología de las mediaciones que, basándose en herramientas como las desarrolladas por la teoría del actor-red, permite construir detalladas cartografías de lo social, con un bagaje conceptual y, sobre todo, con un conjunto de herramientas empíricas para hacerlo. El problema es que conduce a descripciones enormemente situadas y localizadas. Ante esta dificultad, se trata de hacer una cartografía menos detallada, más traducida, haciéndola manejable a una escala sociológicamente aceptable. La fuga en este caso es una tendencia hacia lo móvil, lo comparable, el estándar, la teoría. La cartografía se vuelve impresionista.

Por otro lado, el impresionismo sociológico, que permite fijarse en las formas fundamentales de lo social sin quedar constreñido por las especificidades históricas, espaciales y culturales de los casos concretos, siendo además una herramienta más útil para captar el flujo cambiante de lo real. El principal escollo de este planteamiento es su vinculación con el formalismo transcultural y ahistórico, con pretensiones universalistas y esencialistas, todas ellas características que son limadas con la cartografía. La fuga aquí es una tendencia hacia lo local, lo históricamente situado, el caso. El formalismo latente en el impresionismo se vuelve parcialmente histórico y situado.

Cabe ahora traducir y resumir todo este planteamiento en un conjunto de máximas que constituyen algunas de las muy breves reglas de un método sociológico, el que aquí se ha presentado bajo el rubro de *cartografía impresionista de mediaciones sociales*:

**1ª Partir de la idea de realidad social como el resultado de la articulación contingente de elementos heterogéneos.** Si para Durkheim, tal y como se refleja en *Las reglas del método sociológico*, la «primera regla y la más fundamental consiste en considerar los hechos sociales como cosas» (1986: 53), aquí lo social no es ninguna sustancia, sino que se considerará como el producto, siempre contingente y en continua reproducción, de la articulación de distintos ingredientes: actores, asociaciones, procesos, mediaciones, prácticas, etc. La atención se centra en los movimientos, desplazamientos y transformaciones a través de los cuales lo social se hace y se deshace, lo que permite explicar y observar la emergencia de formaciones, estructuras, instituciones, relaciones y agentes sociales.

**2ª Tomar como referente de las descripciones sociológicas las mediaciones en las que se ven envueltos los distintos agentes estudiados.** Partiendo de la regla que entiende lo social como la articulación de elementos disímiles, una articulación que se produce en un ir y venir de asociaciones y desplazamientos, cabe postular que la atención de las descripciones sociológicas se focalice en esos movimientos y transformaciones que pueden ser condensados en la noción de *mediación*. Unas mediaciones en las que se ven implicados los diversos agentes y procesos que caen bajo la mirada sociológica, constituyéndose así como las unidades de observación del sociólogo. Este modo de acercamiento a la realidad social permite estudiar tanto sus aspectos y situaciones más regulares y estables (mediaciones alineadas y estabilizadas) como aquellos que por su naturaleza son más fluidos y cambiantes (mediaciones en ebullición y en continua transformación).

**3ª Abordar el estudio de la realidad social y sus mediaciones de forma minuciosa y cartográfica.** La cartografía aplicada como

metodología sociológica evita que se encierren los procesos, agentes y mediaciones observados en formas sociales ya estudiadas o instaladas en el conocimiento sociológico, por lo que permite llevar a cabo representaciones más fieles de la realidad que estudia. En algunos casos esas formas sociales podrían describir adecuadamente la realidad observada, pero, en otros muchos, estarán limitando la riqueza de movimientos, desplazamientos y actores que se están investigando. Esto implica que el proceso de investigación social sea minucioso, costoso y relativamente lento, pero que como resultado proporcione unas descripciones sociológicas más *realistas*.

**4ª Tener en cuenta la cambiante e impredecible realidad social así como la envergadura de las descripciones sociológicas haciendo uso de un enfoque impresionista.** En la medida en que la realidad social está en continuo cambio, pues no deja de ser el ensamblado de desplazamientos, transformaciones y asociaciones en permanente movimiento, aparece como una impredecible marea o *maëlstrom* (Law, 2004: 7) difícil de describir con los minuciosos métodos cartográficos que, por otra parte, se muestran insuficientes para llevar a cabo descripciones sociológicas de cierta envergadura. Por ello, a la técnica cartográfica se le une un enfoque impresionista, que es un modo de captar esas partes de la realidad fluidas y cambiantes — pues se queda con la impresión borrosa de su movimiento — al mismo tiempo que permite elaborar descripciones que destacan las regularidades y tipologías que trasciendan parcialmente las especificidades de los casos estudiados, facilitando la labor de generalización que tiene como objetivo toda sociología.

## BIBLIOGRAFÍA

Callon, Michel (1998). «El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico». En:

- Domènech, Miquel y Tirado, Javier (comps.). *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. Vol. 1. Artes de hacer*. México D. F.: Universidad Iberoamericana.
- Durkheim, Émile (1986) [1895]. *Las reglas del método sociológico*. México D.F.: FCE.
- Frisby, David (1992). *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. Cambridge: Polity Press.
- García Selgas, Fernando J. (2003). «Hacia una ontología de la fluidez social». *Política y Sociedad*, 40 (1): 27-55.
- García Selgas, Fernando J. (2007). *Sobre la fluidez social. Elementos para una cartografía*. Madrid: CIS.
- Gomart, Emilie y Hennion, Antoine (1999). «A Sociology of Attachment: Music, Amateurs, Drug Users». En: Law, John y Hassard, John. *Actor-Network Theory and After*. Oxford: Blackwell.
- Greimas, A. J. (1973). *En torno al sentido. Ensayos semióticos*. Madrid: Fragua.
- Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (2004). «The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others». En: *The Haraway Reader*. New York: Routledge.
- Hennion, Antoine (1993). *La pasión musical*. Barcelona: Paidós.
- Latour, Bruno (1993). *We Have Never Been Modern*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Latour, Bruno (1998). «Visualización y cognición: pensando con los ojos y con las manos». *La balsa de la Medusa*, 45/46: 77-128.
- Latour, Bruno (1999). «On recalling ANT». En: Law, John y Hassard, John. *Actor-Network Theory and after*. Oxford: Blackwell.
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, Bruno (2007). *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Law, John (2004). *After Method. Mess in Social Science Research*. London: Routledge.
- Law, John y Mol, Annemarie (eds.) (2002). *Complexities. Social Studies of Knowledge Practices*. Durham: Duke University Press.
- Marinas, José Miguel (2000). «Simmel y la cultura del consumo». *REIS*, 89: 183-218.
- Simmel, Georg [1917] (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Simmel, Georg [1900] (2004). *The Philosophy of Money*. London: Routledge.
- Simmel, Georg [1908] (2009). *Sociology. Inquiries into the Construction of Social Forms. Vol. 1*. Leiden: Brill.
- Zerubavel, Eviatar (2007). «Generally Speaking: The Logic and Mechanics of Social Pattern Analysis». *Sociological Forum*, 22, 2: 131-145.

**RECEPCIÓN:** 22/09/2014

**REVISIÓN:** 27/11/2014

**APROBACIÓN:** 10/03/2015